

GLORIAS MILITARES ESPAÑOLAS.



D. LUIS DE REQUESENS.



El célebre Comendador de Castilla Don Luis de Requesens es sin duda alguna, uno de los mas notables de su época. La historia del siglo XVI, de aquel siglo en que la España sobreponiéndose á todas las naciones del mundo conocido, las dictó leyes á su capricho, trasmite á la posteridad los heroicos hechos y conocimientos distinguidos del valeroso Requesens. Na-

ció D. Luis en la ciudad de Valladolid, de una antigua é ilustre familia destinada desde mucho tiempo á dar á la nacion española famosos capitanes tanto en mar como en tierra. Fueron sus padres D. Juan de Zúñiga y Avellaneda, Comendador mayor de Castilla en la Orden de Santiago y Doña Estefania de Requesens, heredera única de esta nobilísima casa en Cataluña, cuyo apellido y armas tomaron los hijos de este matrimonio. A los pocos años entró en la carrera de la política y la milicia, á que el esplendor de su linaje y la eminencia de su ánimo le lla-

maban. Ninguna empresa notable acaeció en su tiempo en que su espada no fuese la primera en escarmentar á los enemigos de su patria y sus sanos consejos no desbararían el plan mejor combinado por la intriga de los mismos: así es que sin pretenderla, ganó la confianza de su Rey Felipe II, que le condecoró con la dignidad de Comendador mayor de Castilla que antes había obtenido su padre, y le nombró Embajador de nuestra corte en Roma y después general de las galeras de España.

Alborotados los moriscos de Granada por las sugestiones de algunos malvados, sacudieron el yugo del dominio cristiano y se hicieron fuertes en las escabrosas sierras que rodean aquella ciudad, con lo que se ofreció á Requesens un vasto campo para desplegar su pericia y demostrar su denodado esfuerzo. Nombróle el Rey para asegurar las costas de las invasiones de los piratas y para dirigir y aconsejar al jóven D. Juan de Austria en aquella guerra tan espinosa como difícil, en que al fin los infieles sucumbieron á los repetidos choques de las armas cristianas.

Por aquel tiempo conquistó el Gran Turco Celim II la isla de Chipre y amenazaba valerosamente á la Europa cristiana, cuyos Príncipes consternados acudieron al peligro común juntando sus fuerzas para rechazar las del enemigo, y D. Juan de Austria fué elegido generalísimo de la armada confederada; pero con la precisa condición impuesta por el Rey su hermano, de seguir los consejos de Requesens en todas las operaciones. Nadie ignora el resultado de aquella guerra, ni la memorable batalla ganada á los bárbaros en el golfo de Lepanto, en cuyo feliz éxito tuvieron tanta parte el valor y la capacidad de nuestro héroe.

Pero aunque esta fuese muy grande para la guerra, era mucho mas á propósito para el gobierno y las negociaciones políticas donde lucía su inteligencia en el manejo de los negocios, y con la natural flexibilidad y dulzura de su carácter atraía á los mas obstinados en seguir otro rumbo del que les marcaba. El Rey que conocía sus talentos le mandó que dejando el gobierno de Milan, que había puesto á su cuidado, pasase á Flandes á suceder al Duque de Alba en la pacificación de aquellos países; pero llegaba tarde Requesens para remediar un mal incurable, y toda su habilidad y tino no fueron bastantes á cortar de raíz el germen de descontento general que había sembrado el Duque de Alba con su rigor escaso y su inflexible carácter, que fué bastante á enagenar los ánimos de todos los flamencos. Las armas holandesas muy inferiores por tierra á las españolas, eran infinitamente superiores en aquellos mares, donde no teníamos una escuadra capaz de hacer frente á la suya, y esto unido á que nuestros soldados viéndose faltos de pagas y acosados de la miseria, se amotinaban á cada paso olvidándose de sus victorias y del peligro que corrían hacien-

do ver patentemente al enemigo su desaliento é indisciplina.

Con tan contrarios elementos tomó Requesens el mando del ejército. Presentóse al frente de él, habló á sus soldados uno por uno, les recordó que eran españoles, les habló de sus triunfos y victorias, añadiéndoles por fin que él venía á partir con ellos sus penalidades y fatigas, las que bien pronto se convertirían en abundancia con el rico botín que se prometía alcanzar en la primera batalla.

Los primeros actos de su gobierno convencieron á muchos holandeses del acierto del nuevo gobernador, y algunos rebeldes, deponiendo las armas le presentaron humildemente implorando el perdón de sus estrayos; pero los mas tenaces capitaneados por algunos de esos hombres que solo medran á la sombra de los trastornos, iban haciendo prosélitos y minando el edificio que Requesens empezaba á reconstruir con su prudencia. La fortuna tambien empezaba á mostrarse esquiva con el famoso caudillo.

Mandó que una escuadra volase en socorro de Middemburg; pero los holandeses la rodearon impensadamente y la derrotaron sin que pudiese salvarse un solo soldado, tomando en seguida á Middemburg y algunas otras plazas. Creció de todo punto con este revés el desaliento de los pocos españoles que quedaban al mando de Requesens, y con repetidas instancias pretendían demostrarle la necesidad de ceder el campo al enemigo, que ensoberbecido con sus triunfos amenazaba por todas partes haciendo tarde de numerosísimas fuerzas equipadas completamente y en un estado de disciplina tan sorprendente como temible. Nada bastó empero, a abatir el ánimo de nuestro héroe, antes bien desechando tímidos consejos, mostró tanta constancia y tanta fecundidad de recursos, y dirigió con tanto acierto las pocas fuerzas que le restaban, que con asombro del enemigo, se presentaba á su frente en todas partes, arrollándole en casi todos los encuentros y apoderándose de diversos fuertes, alcanzando por fin una completa victoria en Monck. Los holandeses iban cediendo ya casi todo el continente, ya Requesens pensaba en volver á ocupar las islas, y para esto estaba ideado el memorable esguazo de Zirchsee, cuyo plan fué imaginado con tanta osadía y cuya ejecución fué tan memorable. Los españoles vadeando la mar á pié por entre el fuego del enemigo se arrojaron denodados á las trincheras y las ganaron. Luego pusieron sitio á la plaza de Zirchsee y la rindieron; pero cuando el valeroso caudillo empezaba á respirar el grato ambiente de los triunfos, sorprendióle la muerte que le abrevió el sentimiento de ver á sus tropas alborotadas por la falta de recursos, y murió en Bruselas el año de 1576. Su memoria vivirá siempre entre los españoles amantes de las glorias de su patria.

ESTUDIOS HIJIÉNICOS.

ARTICULO II.

Mejora de las construcciones de las ciudades bajo el aspecto hijiánico.—La aplicación de las leyes de la higiene pública hace desaparecer la frecuencia de las epidemias y prolonga la duracion media de la vida humana.

Despues de la higiene de los climas reducidos á la proporcion de un sistema de montañas ó de una estension mas ó menos considerable de llanuras, que hemos examinado en nuestro anterior artículo, se presenta una circunscripeion mas reducida todavia y que merece llamar ciertamente la atencion mas escrupulosa; queremos hablar de las grandes poblaciones en que vivimos. Al visitar una capital de importancia, al recorrer las calles de París, por ejemplo, se advierte desde luego que las calles antiguas estan construidas sin unidad ni plan alguno. No hace muchos siglos que la reunion de las casas se efectuaba en cierto modo por sí misma, sin intervenir para nada ese sentimiento de orden y esa accion permanente de la autoridad, que en nuestra época hace compatibles las condiciones del ornato exterior con las exigencias de la higiene. No puede uno contener su admiracion sobre todo al contemplar el carácter que distingue los cuarteles del centro, como los alrededores de Nuestra Señora de París y los macizos de las casas que forman las calles húmedas y transversales de los cuarteles de S. Martín y S. Dionisio. Si se comparan con los cuarteles hechos en esta época, esas antiguas aberraciones cuyos monumentos van desapareciendo todos los días, se podrá juzgar con exactitud de los progresos que ha hecho la higiene como ciencia y sobre todo como aplicacion. Las calles, esas grandes arterias de la circulacion del aire, ya no son estrechas ni de una anchura desigual: los canales de los tejados no arrojan el agua en grandes porciones, contribuyendo al deterioro del empedrado: todo al contrario, se halla organizado para que las aguas lleguen lo mas pronto posible á los albañales subterráncos, y para evitar por lo mismo todos los inconvenientes de la humedad del aire y las exhalaciones que resultan de la accion de las lluvias sobre la tierra y sobre el polvo. Y por último, acaban de llenarse las condiciones mas esenciales de la salubridad pública en esas largas líneas de casas que se cortan en ángulos rectos terminando en plazas espaciosas, ademas del sistema de fuentes cuyas cristalinas aguas sirven á la vez para refrescar el aire y conservar la limpieza de las poblaciones.

Pero sobre todos los argumentos que pueden presentarse en favor de los progresos de la higiene en las ciudades, ninguno mas concluyente que las tablas estadísti-

cas de la mortalidad. No hace dos siglos que el término medio de la vida ordinaria de los habitantes de París era poco mas de veinte años; en el día pasa de treinta. Si durante los siglos precedentes se hubieran hecho cálculos de esta misma clase y nos hubieran sido trasmitidos al través de las edades sin alteracion alguna, seguro es que el término medio de la vida humana hubiera presentado un número muy inferior: tales son, pues, los resultados de esta higiene cuyas aplicaciones vemos realizarse todos los días no solamente en París y en otras grandes capitales cuyos recursos pecuniarios son considerables, sino hasta en las localidades mas reducidas. Con estas reformas, producto esclusivo de la ciencia, hemos ganado mas largos días y una salud mas completa para emplearlos con fruto en beneficio nuestro y utilidad de nuestros semejantes.

Los restos del antiguo París, capital que hemos citado como uno de los ejemplos mas notables de las grandes poblaciones modernas, no puede dar una idea completa de la insalubridad que resultaba del desordenado conjunto de sus construcciones y de la inevitable consecuencia de semejante estado de cosas, es decir, la frecuencia de la mortalidad. Hace algunos siglos las únicas calles de París que estaban empedradas eran las dos principales que constituyen las grandes líneas del movimiento de la poblacion, es decir, la de S. Honorato y la de S. Dionisio con su prolongacion hasta el cuartel de Santiago: las demas, semejantes á esos senderos que el caminante forma al atravesar á la aventura por medio de los campos, estaban cubiertas de polvo durante la estacion de los grandes calores y sureadas de profundos charcos de lodo en las dos terceras partes del año. El vicioso sistema de desagüe era otro elemento mas del desorden que reinaba en estas antiguas calles, pudiendo asegurarse que en aquella época la poblacion de París en ciertos cuarteles, especialmente en los mas inmediatos al rio, no parecia mas que un gran pantano: tan cierto es esto, que queriendo probar un médico que vivia en la calle de San Honorato, que el aire de París era siempre húmedo, aun en los meses de mas calor, colocaba diariamente en su ventana un trozo de hierro ó de cobre que recogia al dia siguiente en un estado mas ó menos completo de oxidacion. Lo que aumentaba tambien los efectos de insala-

bridad en la atmósfera de esta capital eran los miasmas que de tantos puntos se desprendían. No existían albañales; los caños de desagüe estaban viciosamente contruidos, y los despojos de materias animales que se arrojaban en medio de la calle se descomponían bajo la influencia de la humedad y del calor, inficionando el aire y estendiéndose hasta los últimos cuarteles de la población. Otra causa había, además de esta, que contribuía á aumentar las condiciones de insalubridad y era el entierro de los cadáveres en las iglesias y cementerios establecidos dentro de las murallas, como sucedía en París con el de los Inocentes que ocupa el cuartel del Mercado. Los escritores contemporáneos han examinado las exhalaciones miasmáticas que salían de estos grandes focos de descomposición: la alteración que han experimentado estos lugares á impulso de las reformas hijiénicas es tan incontestable, que las enfermedades de peor carácter han disminuido en los cuarteles inmediatos, resultando un au-

mento considerable en el número que representa el término medio de la vida en esta población.

También se pueden conocer los efectos que del antiguo sistema de inhumación resultaban con respecto á la higiene de esta ciudad, si se examinan atentamente los trabajos que aun no están concluidos en la iglesia de San German. Los cadáveres estaban hacinados en un espacio de pocas varas bajo las losas que los cubrían, según es fácil convencerse de ello observando las zanjas que no hace mucho tiempo se han abierto.

Fácil es calcular en vista de esto, la gravedad de los males que no podían menos de nacer de semejantes costumbres, las cuales repitiéndose escrupulosamente en todas las iglesias, pueden contarse como una de las grandes causas de la aparición de esas terribles epidemias que á veces en el trascurso de un siglo sembraban el terror y la muerte entre los habitantes.

ARTES MECANICAS.

De los nudos.

Los nudos que continuamente se emplean, ya para enlazar las cuerdas unas con otras, ya para reunir diferentes objetos y asegurar su reunion, son mas ó menos complicados y están sujetos á varias condiciones que dependen del objeto que uno se propone y de la especie de cuerdas que emplea.

Las figuras detalladas de los nudos mas usados que representa nuestra lámina, bastarán con una ligera explicacion para hacerlos inteligibles á nuestros lectores.

1.º—Nudos sencillos.

Figura 1.ª—Presilla.—Casi todos los nudos se empiezan por una presilla.

Figura 2.ª—Nudo sencillo empezado.

Figura 3.ª—Nudo sencillo concluido.

Figura 4.ª—Nudo doble empezado.

Figura 5.ª—El mismo concluido.

Este nudo se puede hacer triple, cuádruplo ó sestuplo, pasando la cuerda por la presilla, tres, cuatro ó seis veces, según la longitud que quiera darse al nudo.

Figura 6.ª—Nudo de lazo comenzado. Para concluirlo no hay mas que apretar, tirando á un mismo tiempo por los dos cabos.

Figura 7.ª—Nudo de galera. La cuerda no pasa por la presilla, sino que queda sostenida por un trozo de madera. Puede hacerse este nudo sin que los extremos de la cuerda estén sueltos, y puede considerarse como uno de los nudos de contracción de que hablaremos despues.

2.º—Nudos para añadir.

Figura 8.ª—Nudo de tejedor flojo.

Figura 9.ª—El mismo apretado.

Para apretar bien este nudo, conocido bajo el nombre de nudo de red, es preciso tener en una misma mano los extremos *a* y *b* y tirar el cabo *c*, sin cuya precaucion podría deshacerse.

Figura 10.—Nudo inglés ó de pescador empezado.

Figura 11.—El mismo concluido.

Este nudo es estremadamente sólido.

Figura 12.—Nudo recto. Llámase también nudo marino ó nudo chato. Es muy fácil de hacer con cuerdas delgadas; pero cuando estas son gruesas, su seguridad depende de que estén bien unidos los cabos á las cuerdas de que forman parte. Se deshace fácilmente tirando á un mismo tiempo de los cabos *a* y *b* que le hacen tomar la forma indicada en la figura 13, según la cual la cuerda tendida puede pasar fácilmente por las dos presillas *c* y *d*.

Figura 14.—Union por medio de un nudo sencillo.

En el extremo de una de las cuerdas se hace un nudo sencillo (figura 2.ª) sin apretar, por el cual se hace pasar el cabo de la otra cuerda en sentido inverso al primero. Hecho este enlace, se tira de ambas cuerdas para apretar el nudo. Es muy seguro, muy fácil de hacer, y tiene la ventaja de conservar las dos cuerdas sobre un mismo eje durante la tensión, lo que disminuye el peligro de romperse.

Figura 15.—Se puede hacer la misma añadidura empleando el nudo de forma de lazo (figura 6.ª)

3.º—Ataduras.

Figura 16.—Nudo sencillo empezado.

Figura 17.— El mismo concluido.
Este nudo es igual al de la figura 12; y únicamente aquí está hecho on la misma cuerda que rodea el objeto

que se quiere atar. Para que se conserve bien apretado es menester hacer una especie de presion sobre el nudo sencillo (figura 16).

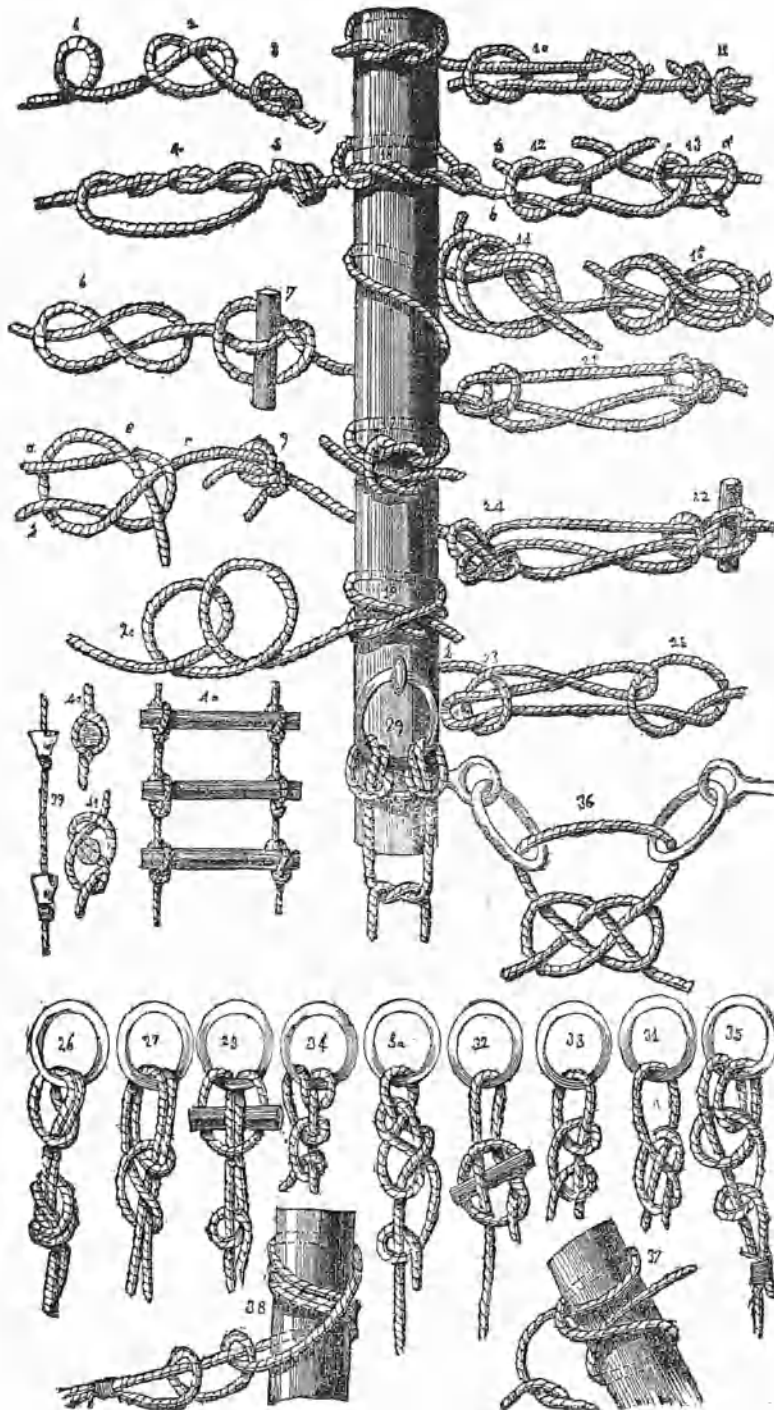


Figura 18.—Nudo corredizo sobre doble llave.
Se llama llave á una vuelta torcida sobre sí misma. La llave es doble ó triple cuando está torcida dos ó tres veces. La torcedura retiene fuertemente la punta de la

cuerda, en proporcion á la presion que el nudo corredizo hace en las vueltas de la llave.

Figura 19.—Atadura llamada nudo de cohetero.
Este nudo no puede aflojarse, y toma su nombre de

la frecuencia con que le emplean los cobeteros. La figura 20 lo representa principiado.

4.º—Nudos de contraccion.

Los nudos de contraccion se usan con el objeto de reducir la longitud de una cuerda, cuando no se la quiere cortar. No presentaremos aquí el dibujo de uno de estos nudos, llamado nudo de cadeneta, por ser en general bastante conocido. Se compone de una especie de vueltas, pasadas las unas por las otras.

Figura 21.—Contraccion con vueltas y presillas.

Para hacer este nudo es necesar o que uno de los cabos de la cuerda esté suelto.

Figura 22.—Contraccion en el nudo de galera (véase la figura 7.)

Puede hacerse, aun cuando ninguno de los cabos de la cuerda esté suelto.

Figura 23.—Contraccion de piernas de perro.

Puede hacerse aunque los extremos no esten sueltos; pero no es tan seguro como fijando la vuelta *a* con la cuerda *b* por medio de una atadura de bramante.

Figura 24.—La misma contraccion en forma de galera, con lo cual se evita el poner ataduras.

Figura 25.—Contraccion de doble vuelta, pasando por entre los nudos.

Esta contraccion solo se puede hacer cuando está suelto uno de los cabos.

5.º—Amarras sobre argollas.

Se llaman *amarras* los cables ó cuerdas gruesas con las cuales se sujeta un objeto de consideracion puesto en uno de sus extremos.

Figura 26.—Amarra con cabeza de alondra.

Figura 27.—La misma de doble presilla.

Figura 28.—La misma con vuelta de galera.

Por este medio se puede desamarrar al momento, quitando el trozo de madera que sostiene el nudo.

Figura 29.—Cabeza de alondra triple.

Figura 30.—Amarra con nudos cruzados.

Figura 31.—Amarra de nudo corredizo.

Figura 32.—Amarra con vuelta sencilla y nudo de galera.

Figura 33.—Nudo de marino.

Figura 34.—Nudo de reverbero.

Figura 35.—Nudo de cabrestante con llave.

Es necesario asegurarlo con una atadura.

Figura 36.—Nudo para amarrar sobre dos argollas.

En la artillería se conoce este nudo bajo el nombre de nudo de tiro.

6.º—Amarras sobre estacas.

Esta especie de amarras se emplea para sujetar los buques por medio de estacas gruesas enclavadas á la orilla de los muelles ó de la costa

Figura 37.—Nudo de barquero.

Figura 38.—Amarra de llave.

7.º—Escaleras de cuerda.

Figura 39.—Escalera de una sola vara.

Se hacen nudos sencillos (figura 3.ª) en la cuerda, y entre cada uno se coloca un palo que hace veces de escalon.

Figura 40.—Fragmento de una escalera de dos ramas.

Los escalones estan asegurados por medio del nudo que presentamos visto de frente y que se llama nudo de escalon.

La figura 41 lo representa antes de apretarse, y la figura 42 visto de perfil.

EDIFICIOS ILUSTRES.

CASA EN QUE NACIO DESCARTES.

Sobre la fértil márgen del Creuse, que corre por entre la Turena y el Poitou á precipitarse en el Loire, en el sitio mas pintoresco del florido valle que riegan sus aguas cristalinas, se alza como reina del verjel una pequeña villa, el Haya de la Turena, cubierta por un cielo siempre apacible, oreada por céfiros perfumados, rica en deliciosos frutos, y abundante en todos los regalos de la

vida. Tour está distante de ella diez leguas hácia el N. y otras diez hácia el S. está Poitiers, la ciudad de las rosas, la ciudad en que la Reina Blanca, viuda de Luis VIII, y Regenta de Francia, decretó el *tributo de la galanteria*, que consistia en azafates de rosas presentadas á la Reina por el mas jóven de los Pares el 1.º de Mayo de cada año, repitiendo en su presentacion las propias palabras de

S. M. al establecer el tributo. — «La fértil tierra de Francia, tendrá siempre flores para coronar la belleza.»

En esa tierra de las rosas nació Descartes. El Haya de la Turena es la patria del mas ilustre filósofo de la Francia, cuyo espíritu parece que preveía el curso de

los conocimientos humanos, cuando su boca, su pluma repetía: — «Las preocupaciones son la única causa de los errores.» Renato Descartes vió la luz primera el 30 de Marzo de 1596, y fué bautizado en San Jorge del Haya el 3 de Abril. Pocos dias despues de su nacimiento tuvo



(Casa de Descartes.)

la desgracia de quedar sin madre. Pasó los primeros años de su infancia, hasta que con su padre marchó á la Bretaña, ya en Poitiers en donde hizo los estudios rudimentarios, ya en Perrone cuyo señorio poseyó mas tarde por herencia, ya en el Haya en la misma casa donde habia

nacido, la cual se conserva todavia con cuidadoso esmero segun la representa el grabado, como un testimonio del aprecio que los hombres verdaderamente grandes merecen á la humanidad.

REVISTA DE LA SEMANA.

Algunos entierros notables, unos cuantos bailes y *raouls* de segundo órden, varios conatos de suicidio, una reunion de familia en Palacio, los primeros albores del carnaval en los salones de Cervantes, algunos bofetones repartidos aquí y allí por manos diestras y avezadas al ejercicio, denuncias y absoluciones de periódicos, y nada ó punto menos en cuanto á novedades dramáticas; tales son en resumen los sucesos capitales de la última semana.

En cuanto á los primeros nada tenemos que replicar, siendo muy de presumir que los enterrados hayan dado suficiente motivo á semejante tratamiento, que no es el que mas deseamos á nuestros suscritores: por mas que despues de muertos todo les sea igual.

Sobre los bailes y los *raouls* que es precisamente el extremo contrario de los enterramientos (segun decia en sus leyes el Rey Sabio D. Alfonso, el cual debia hallarse

muy distante de creer que habia de llegar tiempo en que las comidas se llamasen á manera de *raptos* ó violencias) sobre los bailes, pues, y sobre bailes que no son de máscaras, la historia vulgar, la que se ocupa de acontecimientos comunes y ordinarios, dirá lo que mas agrade á sus autores: nosotros les cedemos por fuerza esa tarea, hallándonos en circunstancias extraordinarias, es decir, bajo el estado excepcional de la careta.

De los que tratan de matarse, pudiendo vivir, ¿qué diremos?—Determinacion es esta que nunca hemos podido disculpar, porque al menos, por nuestra parte, siempre hemos pensado que el hombre tiene mas razones para vivir que para morir. Empecemos por lo de *á muertos y á idos no hay amigos*, y veremos que el hombre que es el animal mas codicioso de amistad que hay en el mundo, supuesto que la busca hasta entre sus mismos enemigos, no debiera en ningun caso proceder tan de ligero. Esto

en cuanto á la parte seria; en cuanto á la parte cómica, nos parece hasta ridículo que el hombre se ande inquietando por poner fin á sus dias, cuando tantos medios se le proporcionan para dejar de existir: ¿no se halla por ventura, espuesto á morirse de hambre? ¿no llega su seguridad individual hasta el punto de que le roben á cualquier hora del dia y de la noche, y que le maten por añadidura? ¿No estan las pulmonías y los costados esperándole á la vuelta de cada esquina? ¿No puede resbalar en medio de la calle y romperse la cabeza, aunque sea jefe de una minoría parlamentaria? ¿No está espuesto á rodar todas las escaleras de la casa, aunque no sean tan cómodas (que probablemente no lo serán) como la de da-

mas de Palacio, por donde bajó últimamente por escotillon el antiguo y bien defendido general Castaños?

Pero vengamos á Palacio, ya que tan cerca estamos por medio de esta caída, sin haber dado nosotros ni un tropezon siquiera. Allí hubo tambien comida el lunes, á la cual asistieron todos los ministros; ¡dichosos los que comen en Palacio en este siglo de cesantes y de habitaciones-diligencias! Trás de la comida empezó el concierto, como era natural, siguiendo la verdadera interpretacion del proverbio. S. M. la Reina Doña Isabel II cantó con su augusto tío el Sermo. Sr. Infante D. Francisco, y tocó tambien algunas piezas al piano. La Serma. Sra. Infanta, S. M. la Reina madre y las augustas hijas del Infante Don



(Salvatori en el Belisario.)

Francisco, cantaron y tocaron tambien diferentes piezas, acompañándolas los profesores Albeniz, Valdemoso, Guelvenzu y Lidon.

Los primeros bailes de carnaval han estado bastante concurridos: en alguno de Cervantes hubo sus correspondientes descargas de bofetones; mas esta fruta es propia de la estación y se halla en todas partes. ¡Ni las mismas autoridades dejan de saborearla!

A los periódicos que han salido absueltos les damos el parabien; para los demas que no han sido condenados, tenemos una palabra especial en el Padre-nuestro periodístico, que dice: y no nos dejes caer en la tentacion. No sabemos sin embargo, quién es el dios de la prensa, que pueda impedir semejantes caidas: lo que sabemos es que hay muchos diablos tentadores en el mundo periodístico.

Nada, ó poco menos que nada, hemos dicho que ha habido de cosas de teatro, si bien no faltan saimetes y tragedias por todas partes. *D. Juan de Prado* ó *el Jesuita*, del Sr. Cañete, es la única novedad, y lo que mas sentimós decir, la única novedad de este distinguido escritor

que no ha gustado. Lo sentimos, no porque haya toda la razon que se supone para condenar á *D. Juan de Prado* sin formacion de causa imparcial y detenida; sino por cuanto la obra del Sr. Cañete habia sido hecha en pocos dias y solo para acceder á los deseos de los que querian fuese él el autor de la comedia destinada al beneficio de la Sra. Llorente. El autor del *Jesuita* sabe hacer comedias y dramas; pero no tiene el singular privilegio de hacer una obra de conciencia en cuatro dias, ni por ello vamos ahora á dirigirle un cargo. Lo que sí exigiremos al Sr. Cañete es que no vuelva a darnos por mero compromiso obras dramáticas elaboradas de prisa; ni á consentir en que se las representen tan mal; porque un autor que ha ganado justamente algunos laureles, tiene un compromiso superior á todos los demas, el de no permitir que se marchiten sobre sus mismas sienes.

En el Circo se ha repetido *el Belisario*; en esta representación, como en las anteriores de la misma ópera, únicamente Salvatori es el que brilla.